



La Santa Sede

JUAN PABLO I

AUDIENCIA GENERAL

Miércoles 6 de septiembre de 1978

La gran virtud de la humildad

A mi derecha y a mi izquierda hay cardenales y obispos, hermanos míos en el episcopado. Yo soy sólo su hermano mayor. Mi saludo afectuoso a ellos y también a sus diócesis.

Hace un mes justo moría en Castelgandolfo Pablo VI, un gran Pontífice, que ha prestado servicios enormes a la Iglesia durante quince años. Los efectos se notan ya ahora en parte, pero creo yo que se verán sobre todo en el futuro. Todos los miércoles venía aquí y hablaba a la gente.

En el Sínodo de 1977 muchos obispos dijeron: «Los discursos de los miércoles que pronuncia el Papa Pablo son una auténtica catequesis adecuada al mundo moderno».

Trataré de imitarlo, con la esperanza de poder yo también ayudar de alguna manera a la gente a hacerse más buena. Pero para ser buenos es necesario estar en regla con Dios, con el prójimo y con nosotros mismos.

Ante Dios, la postura justa es la de Abrahán cuando decía: «Soy sólo polvo y ceniza ante ti, Señor» Tenemos que sentirnos pequeños ante Dios. Cuando digo: «Señor, creo», no me avergüenzo de sentirme como un niño ante su madre; a la madre se le cree; yo creo al Señor y creo lo que Él me ha revelado.

Los mandamientos son un poco más difíciles de cumplir, a veces muy difíciles; pero Dios nos los ha dado no por capricho ni en interés suyo, sino muy al contrario, en interés nuestro.

Una vez, una persona fue a comprar un automóvil. El vendedor le hizo notar algunas cosas: Mire que el coche posee condiciones excelentes, trátelo bien: ¿sabe?, gasolina súper en el depósito, y para el motor, aceite del fino. El otro le contestó: No; para que sepa le diré que de la gasolina no soporto ni el olor, ni tampoco del aceite; en el depósito pondré champagne que me gusta tanto, y el motor lo untaré de mermelada. Haga Ud. como le parezca, pero no venga a lamentarse si termina con el coche en un barranco. El Señor ha hecho algo parecido con nosotros: nos ha dado este cuerpo, animado de un alma inteligente, y una bella voluntad. Y ha dicho: esta máquina es buena, pero trátala bien.

Estos son los mandamientos. Honra al padre y a la madre, no matarás, no te enfadarás, sé delicado, no digas mentiras, no robes... Si fuéramos capaces de cumplir los mandamientos, andaríamos mejor nosotros y andaría mejor también el mundo.

Y luego, el prójimo... Pero el prójimo está a tres niveles: unos están por encima de nosotros, otros están a nuestro nivel, y otros debajo. Sobre nosotros están nuestros padres. El catecismo decía: respetarlos, amarlos, obedecerles. El Papa debe inculcar respeto y obediencia de los hijos a los padres.

Me dicen que están aquí los monaguillos de Malta. Que venga uno, por favor... Los monaguillos de Malta, que han prestado servicio durante un mes en San Pedro. Veamos ¿cómo te llamas? —James.—¡James! Dime, ¿no has estado enfermo alguna vez? —No.—¿Nunca? —No.—¿Nunca has estado malo? —No. — ¿Ni siquiera con un poco de fiebre? —No.—¡Qué afortunado! Pero, cuando un niño se pone enfermo, ¿quién le da un poco de sopa, alguna medicina? ¿No es la madre? Pues bien, tú te haces mayor y tu madre envejece; tú te conviertes en un gran señor y tu pobre madre estará enferma en la cama. Entonces, ¿quien le dará un poco de leche y medicinas? ¿Quién? —Mis hermanos y yo.—¡Estupendo! Sus hermanos y él, ha dicho. Me gusta. ¿Has entendido?

Pero no sucede así siempre. Yo, de obispo en Venecia, solía ir a veces a visitar asilos de ancianos. Una vez encontré a una enferma, anciana. Señora, ¿Cómo está? . —Bah, comer, como bien; Calor, bien también, hay calefacción. —Entonces, está contenta ¿verdad? —No, y casi se echó a llorar—. Pero, ¿por qué llora? —Es que mi nuera y mi hijo no vienen nunca a visitarme. Yo quisiera ver a los nietecitos. No bastan la calefacción, la comida: hay un corazón; es menester pensar igualmente en el corazón de nuestros ancianos. El Señor ha dicho que los padres deben ser respetados y amados, también cuando son ancianos.

Y además de los padres, está el Estado, están los Superiores. ¿Puede aconsejar el Papa la obediencia? Bossuet, que era un gran obispo, escribió: "Donde ninguno manda, todos mandan. Donde todos mandan, no manda nadie ya sino el caos". Se ve algo parecido a veces también en este mundo. Respetemos, pues, a los que son superiores.

Luego están nuestros iguales. Y aquí de costumbre hay dos virtudes que practicar: la justicia y la caridad. Pero la caridad es el alma de la justicia. Hay que amar al prójimo, ¡el Señor nos lo ha recomendado tanto! Yo recomiendo siempre no sólo las grandes caridades, sino las caridades menudas. En un libro titulado “El arte de ganarse amigos”, escrito por el americano Carnegie, he leído este episodio insignificante: Una señora tenía cuatro hombres en casa: el marido, el hermano y dos hijos ya mayores. Ella se ocupaba de la compra, de lavar y planchar la ropa, de la cocina... todo ella. Un domingo, llegan a casa. La mesa está preparada, pero en los platos hay sólo un puñado de heno. Protestan y dicen: ¡Oh!, pero qué, ¿heno? Y ella dice: No, todo está preparado. Pero dejadme decir esto: yo cambio el menú, tengo todo limpio, atiendo todo. Y jamás me habéis dicho ni siquiera una vez: “Nos has preparado una comida estupenda”. No soy de piedra. Se trabaja más a gusto cuando se ve agradecimiento. Estas son las caridades menudas. En casa todos tenemos alguna persona que espera un detalle nuestro.

Están además los que son más pequeños que nosotros; están los niños, los enfermos, y hasta los pecadores. Como obispo, he estado muy cerca incluso de los que no creen en Dios. ¡Cuánta misericordia hay que tener! Me he convencido de que muchas veces éstos rechazan no a Dios, sino a la idea errónea que de Dios tienen. ¡Cuánta misericordia hay que tener! Y también los que se equivocan... Es necesario de verdad estar en regla con nosotros mismos.

Me limito a recomendaros una virtud muy querida del Señor: ha dicho “aprended de mí que soy manso y humilde de corazón”.

Corro el riesgo de decir un despropósito. Pero lo digo: el Señor ama tanto la humildad que a veces permite pecados graves. ¿Para qué? Para que quienes los han cometido —estos pecados, digo— después de arrepentirse lleguen a ser humildes. No viene gana de creerse medio santos cuando se sabe que se han cometido faltas graves.

¡El Señor ha recomendado tanto ser humildes! Aun si habéis hecho cosas grandes, decid: siervos inútiles somos. En cambio la tendencia de todos nosotros es más bien lo contrario: ponerse en primera fila. Humildes, humildes: es la virtud cristiana que a todos toca.

Saludos

(A los recién casados)

La presencia de recién casados impresiona más en especial porque la familia es algo grande. Una vez escribí un artículo en el periódico y me permití bromear citando a Montaigne, escritor francés que decía: “El matrimonio es como una jaula: los que están fuera hacen lo imposible por entrar y los que están dentro hacen lo imposible por salir”. No, no, no. Pero después de unos días, me llegó una carta de un anciano delegado provincial de enseñanza que había escrito libros,

y me respondía diciéndome: “Excelencia, ha hecho mal con citar a Montaigne; mi mujer y yo estamos unidos desde hace 60 años y cada día es como el primero”. E incluso me citaba a un poeta francés, en francés pero yo lo digo en italiano: “Te amo cada día más, hoy mucho más que ayer, pero mucho menos que mañana”. Deseo vivamente que a vosotros os suceda lo mismo.

(Paz para Oriente Medio)

Si me permitís, ahora quisiera invitaros a que os unáis a mis oraciones por una intención en la que tengo mucho interés. Habréis sabido por la prensa y la televisión que, en Camp David, Estados Unidos, comienza hoy una reunión importante de los gobernantes de Egipto, Israel y Estados Unidos, con el objeto de hallar solución en el conflicto del Oriente Medio . Esta lucha, que dura ya más de 30 años en la tierra de Jesús, ha causado muchas víctimas y muchos sufrimientos tanto entre los árabes como entre los judíos, y ha contagiado a los países vecinos como una enfermedad maligna. Pensad en el Líbano mártir, deshecho por las repercusiones de esta crisis. Por ello quisiera, pues, que rezáramos juntos por el feliz éxito de la reunión de Camp David; para que estas conversaciones allanen el camino hacia una paz justa y total. Justa, es decir, que satisfaga a todas las partes en lucha. Total, sin dejar por resolver ninguna cuestión: el problema de los palestinos, la seguridad de Israel, la santa Ciudad de Jerusalén. Pidamos al Señor que ilumine a los responsables de todos los pueblos interesados, para que tengan amplitud de miras y sean valientes al tomar decisiones que consigan instaurar la seguridad y la paz en Tierra Santa y en todo el mundo de Oriente.

(A los participantes al VII Congreso Internacional organizado por la Sociedad Internacional de Transplantes)

Debemos dirigir un saludo particular a los miembros del VII Congreso Internacional de la Sociedad para el transplante de órganos. Nos emociona vuestra visita que es un homenaje al Papa, y sobre todo, vuestro deseo de esclarecer y profundizar en torno a los graves problemas humanos y morales que están en juego en la investigación y en la técnica quirúrgica propias de vuestra competencia. En este campo os exhortamos a buscar la ayuda de amigos católicos expertos en teología y en moral y muy al corriente de vuestros problemas, que posean conocimiento muy seguro de la doctrina católica y profundo sentido humano. Hoy nos contentaremos con expresaros nuestra felicitación y confianza por el trabajo inmenso que lleváis a cabo en servicio de la vida humana, con el objeto de prolongarla en las mejores condiciones posibles. Todo el problema está en actuar dentro del respeto a la persona human y a sus familiares, ya se trate de donantes o de beneficiarios, sin jamás convertir al hombre en objeto de experimentación. Se trata respetar el cuerpo y se trata también de respetar el espíritu. Pedimos a Dios, Autor de la vida, que os asista en estas responsabilidades magníficas y terribles. Que Él os bendiga a vosotros y a cuantos amáis.

©Copyright - Libreria Editrice Vaticana